

nándole de oprobrios. No se sabrá, dicen algunos contemplativos, hasta el día del Juicio lo que Jesu Christo padeció en esta noche. ¡O sagrada noche del Jueves Santo! ¿en qué se ocupan muchos de los christianos? ¡Ah! vosotros lo sabeis, señores.

Venida la mañana, volvieron á congregarse los príncipes de los sacerdotes, y acordaron llevar á Jesu Christo á casa de Pilatos, para que le impusiese la sentencia. Conduxéronle pues á su tribunal, ligado, y con estruendo, como si fuera un malhechor. Pilatos le preguntó: ¿si era el Rey de los Judios? y el Señor le respondió interrogándole: ¿Lo dices esto por ti mismo, ú otros te lo han dicho de mí? ¿Yo soy Judio por ventura? respondió Pilatos: *Tu nacion y tus pontífices te han traído á mi tribunal; ¿qué has hecho? Mi Reyno, dice Jesu Christo, no es de este mundo; si fuese de este mundo, mis ministros ciertamente combatirían para que no me*

*prendiesen los Judios; mas ahora mi Reyno no es de aquí. ¿Luego tú erés Rey? le reconvinó Pilatos. Tú dices que soy Rey, le dixo Jesu Christo: Con esta dignidad nací, y he venido á dar al mundo testimonio de la verdad: todo el que es hijo de la verdad, oye mi voz; y esta fue la última palabra que pronunció el Salvador en su presencia. Conociendo pues Pilatos la inocencia de Jesu Christo, y que solo por envidia le habian llevado á su tribunal los Judios, salió fuera, y les dixo: *Yo no hallo causa en este hombre; tomado allá vosotros, y juzgad de él conforme á vuestras leyes. A nosotros no es lícito, dixerón, quitar á nadie la vida; pero atendidas nuestras leyes, es reo de muerte. Conmueve al pueblo, y predica por toda la Judea, empezando desde Galilea hasta aquí.**

Luego que oyó Pilatos nombrar á Galilea, preguntó: ¿Si era aquel hombre galileo? y como supiese pertenecía á la jurisdiccion de Herodes, lo

remitió á este Príncipe, que deseaba mucho tiempo habia conocer á un varon tan acreditado por su doctrina, por sus discipulos, y por sus milagros. Esperaba pues Herodes que obrase en su presencia alguno de aquellos prodigios que tanta admiracion habian causado en la Judea. ¡Vana y criminal curiosidad! jamas lograrás ver obradas en tu obsequio las maravillas de la omnipotencia. ¿Pero qué digo? ni aun una sola palabra se dignó Jesu Christo responder al prolixo interrogatorio de Herodes. Con este motivo asi él como todos sus cortesanos le tuvieron por demente; y tratándole como á tal, le vistieron por burla con una ropa blanca, y vestido asi á lo ridículo, le devolvieron á Pilatos. ¡Cuál sería, señores, la pena de nuestro Salvador á presencia de semejantes insultos é irrisiones!

Viendo Pilatos que crecian las instancias de aquel pueblo bárbaro, usó de otro arbitrio para ver si podia li-

brarlo de sus manos deicidas. Tenian costumbre los Judios de dar libertad en la Pascua á uno de los reos condenados al suplicio. Habia á la sazón entre ellos uno muy facineroso llamado Barrabás. Este era autor de una sedicion, en la cual habia cometido un homicidio, y merecia por consiguiénte pena capital. Creyendo pues Pilatos, que en caso de eleccion, pedirian á Jesu Christo, les dice: ¿A cuál de estos dos hombres quereis poner en libertad, á Jesus ó á Barrabás? Ellos responden: que suelte á Barrabás, y crucifique á Jesus.

¡O pesos engañosos de los hombres, en cuya balanza pesó mas un homicida sedicioso, que el Hijo de Dios Eterno! Ni aun el gentilismo, dice un sábio, abrigó en su seno una injuria tan atroz contra la Divinidad. En efecto, ¿quién vió jamas, que ninguna nacion, por bárbara, por fiera que haya sido, hubiese tenido en mas á un facineroso, que á su mis-

mo Dios? Felicitaos pues, naciones idólatras, de ser menos criminales que este pueblo ingrato; y avergoncémonos nosotros de serlo á veces mas que los mismos Judios; porque diariamente renovamos en el seno de la Iglesia el ultrage una vez hecho á Jesu Christo en medio de Jerusalem. No es el verdadero Barrabás á quien damos la preferencia sobre Jesus; pero es el oro, el placer, una belleza frágil, una vil criatura, á quien á cada paso preferimos en nuestro corazon. De suerte, que si yo digo á muchos de mis oyentes: ¿A quién quereis poner en libertad, á Jesus, ó al torpe objeto de vuestros deseos criminales? Me parece les oigo decir en voz acorde, que muera Jesu Christo, con tal que reynen sus pasiones; pues aunque no lo pronuncien con sus labios, tal es la voz del corazon del que se abandona al pecado, contribuyendo de su parte á crucificar de nuevo á Jesus, como testifica S. Pablo.

Viendo Pilatos que tampoco le aprovechaba este medio para librar á Jesu Christo de la furia de aquel pueblo ingrato, aunque conocia la inocencia del acusado, no atreviéndose á resistir abiertamente la injusticia, le condenó al castigo de los esclavos; es decir, á la pena de azotes, con la mira de calmar la ira de sus enemigos á presencia de espectáculo tan lastimoso; como si un crimen fuese preservativo de otro, y no al contrario, preparacion para el último; ó como si condenarle á azotes, fuera garantizarle de la muerte, y no una preparacion para el suplicio.

Apenas les dió Pilatos el permiso, quando se apoderaron de la inocente presa, que con tan vivas ansias habian perseguido. Desnudan con fiereza de sus sagradas vestiduras á este humilde y manso cordero de Dios; le atan fuertemente á una columna ó brocal de un pozo, y empiezan á descargar cruellísimos azotes sobre sus

delicadísimas espaldas, que batidas sin compasion como el fierro, se entumecen bien presto; de suerte que empezaron á correr por sus heridas copiosos arroyos de sangre hasta la tierra, quedando su Cuerpo convertido en una vasta llaga, y sin especie ni hermosura el mas precioso entre los hijos de los hombres, conforme á la prediccion de un Profeta.

Asombraos, cielos, á presencia de semejante crueldad. He aqui, señores, á vuestro Salvador hecho objeto del menosprecio de la plebe, segun le vió Isaías; como el ínfimo de los hombres; como un varon de dolores, herido y humillado por Dios, y sacrificado á su justicia. ¿Qué corazon no se oprime de un vehemente dolor? Me parece ver á los ángeles, que no pueden exprimir su profunda consternacion, sino por medio de un murmullo sordo. ¡O Padre Eterno! ¿no es este vuestro Hijo muy amado, y dulce objeto de vuestras complacen-

cias? ¿Sufrís que sea despedazada de esta suerte su adorable humanidad? ¿Dónde estan los ministros de vuestras venganzas? Mas esta es, señores, la hora del poder de las tinieblas, y la en que el Hijo de Dios debe obrar nuestra Redencion á costa de su preciosa Sangre. Adorémosle pues, hermanos míos, con espíritu de compuncion, y con un dolor entrañable de haber sido nuestras culpas la causa de estos tormentos.

No contentos los judios de verlo así cubierto de oprobrios, de salivas, de heridas y de sangre, coronado de espinas y hecho ludibrio de Israél, claman á grandes voces por la crucifixion de Jesu Christo: *¿Crucificaré á vuestro Rey?* les dixo Pilatos. *Nosotros*, respondieron, *no tenemos mas Rey que el César, ni tú eres amigo suyo, si pones á éste en libertad.*

Viendo Pilatos que crecian los clamores del pueblo como las olas del mar con la tormenta, aunque cono-

cia la inocencia de este manso cordero, atendiendo mas al establecimiento de su fortuna, que á la integridad de la justicia, poseido al fin del terror pánico de desagradar al César, firmó sentencia de muerte contra el mismo Autor de la vida.

He aquí, señores, el auto definitivo é irrevocable que confirma, para decirlo así, el del Eterno Padre, cuya adorable Sabiduría se sirve de la envidia del tribunal de los pontífices, escribas y fariseos, y de la falsa política del secular de Pilatos, para dar cumplimiento á lo que tenia decretado antes de todos los siglos, anunciado por tantos Profetas, y prometido en la ley antigua baxo tantos símbolos y figuras. He aquí, repito, al Salvador del mundo entregado á discrecion de los judios y paganos, y hecho objeto de maldicion, segun la expresion de S. Pablo, el mismo á quien el ángel y santa Isabel proclaman fruto bendito de María, Jesu

Christo, el Santo de los santos.

Dexemos pues á los judios, dice aquí un contemplativo, dexemos que se apoderen de la inocente presa, que con tanto furor han perseguido. Dexemos que ellos mismos, sin conocerlo, den cumplimiento á las profecías. Dexemos á Judas quitarse á sí mismo por último crimen de desesperacion la vida, de que se creía indigno, despues de haber conspirado contra la de su Maestro. Dexemos á los sacerdotes y escribas, que poco tocados de arrepentimiento, perciban de Judas el vil precio de su traicion, que les arrojó en el templo; y sigamos nosotros con la consideracion á Jesu Christo, que ha cargado sobre sus delicados hombros el grave, el desmesurado peso de la cruz, ó por mejor decir, de nuestras culpas.

Esta es, señores, la hostia figurada en el dia solemne de la expiacion; este es el Dios escondido, que anunció á los mortales un Profeta,

entregado por amor al hombre en esta hora al furor de sus enemigos y á la justicia de su Padre Celestial; este es el justo Abel, sacado por su hermano al campo para hacerle víctima de su envidia; éste el verdadero Isaac, que lleva sobre sus hombros la leña para el sacrificio; este es el heredero de la viña, el hijo tiernamente amado, á quien pretenden quitar juntamente la herencia con la vida.

Sí, hermanos míos, este Dios hombre, humillado, y que gime baxo un duro leño, es el Soberano de la naturaleza, que afirmó la tierra sobre sus fundamentos, que extendió como un hermoso pabellon los cielos; el que puso límites al mar, y en equilibrio las montañas; el Dios vencedor de la muerte y del infierno, que lleva sobre sus hombros aquel estandarte glorioso, baxo el cual deben alistarse algun día todas las naciones y reyes de la tierra. Reconocedle y adoradle, aunque veais que en esta hora, por

uno de sus mayores milagros, se debilita á sí mismo y se anonada, sirviendo de escándalo á los judios, y de insensata locura á los gentiles.

Algunas devotas mugeres seguían al Salvador por el camino del Calvario, manifestando su compasion con lamentos. Pero el Señor desaprobó aquellas sus lágrimas estériles, intimándolas llorasen por sus propias culpas y por las de sus hijos. Mas convenia, dice S. Leon, que estas mugeres llorasen en la muerte del Redentor, para que á una tan ilustre victoria precediesen tristes lamentaciones.

Alquilaron á un tal Simon de Cirine, para que llevase la cruz hasta el monte Calvario; porque convenia, dice un célebre orador, que el altar para el sacrificio de la víctima se erigiese fuera de Jerusalem, esta ciudad sacrilega, que habia cubierto de piedras, y quitado la vida á tantos Profetas. Su templo tampoco era dig-

nó de la grandeza de la hostia, por haber dexado ya de ser casa y santuario de Dios, y haber llegado el tiempo de su reprobacion. La cruz debia fixarse en campo abierto, para denotar que no era un altar particular de la Judea, sino el ara pública del universo.

En fin llegó al Calvario el Reparador de la vida; llegó, repitió, al lugar del suplicio la inocente víctima del Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. Bien presto aquellos malvados ministros despojan de sus vestiduras á este adorable Salvador: las sortean y dividen entre sí, conforme al oráculo de un Profeta: horadan con penetrantes clavos sus pies y manos sacrosantas, y coronado de espinas elevan crucificado al Santo de los santos.

¡Temblad, potestades infernales! ¡abismos, estremeceos á presencia del estandarte de la salud! ¡cielos y tierra, humillaos delante de vuestro Cria-

dor! Sus llagas se renuevan, y su preciosa sangre corre en abundancia hasta regar la tierra; pero ¡cuán de distinto modo que la de Abel! pues en lugar de la venganza que la de éste pide, clama la de nuestro Salvador por el perdon y la misericordia. Aun los labios del mismo crucificado se unen á esta caritativa peticion: ¡Padre mio! perdonadlos, dice, que no saben lo que hacen.

¡Qué hombre ó qué Profeta, como pondera un sábio, llevó jamas tan lejos la humildad, el amor y la dulzura? Job en el exceso de su afliccion maldixo el dia de su nacimiento, y respondió con imprecaciones á los que censuraban su conducta. David estando para morir mandó castigar con muerte sangrienta los atentados de Joab, y los ultrages cometidos por Semei. Isaías, perséguído de sus enemigos, clama que sea Dios el testigo y el vengador de su muerte. Jeremías oprimido mortalmente baxo

un promontorio de piedras, cubre de maldiciones á los judios, y concluye con estas terribles palabras: Señor, no les perdoneis, ni falte jamas su pecado delante de sus ojos. ¡Pero qué distinto language el de Jesu Christo sobre la cruz! ¡Padre mio! perdonadlos, que no saben lo que hacen. Convenia, ¡ó amabilísimo Jesus! que fueseis vos mas caritativo que todos los justos del mundo, como fuente inagotable de amor y de toda santidad.

Mas ¡ah! pérfida ingratitude del hombre. Unas tan dulces y amorosas palabras no bastaron á calmar la furia de aquel pueblo parricida. Todo el monte resonaba en estos gritos confusos, y sacrilegos clamores: Si eres Hijo de Dios, ¿cómo el Altísimo no te libra de nuestras manos? Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz, y creeremos en ti. Otros le burlaban y blasfemaban diciendo: Este que salvó á otros no puede salvarse á sí

mismo, y ahora invoca á Elías; venga pues á librarlo.

¡O inefable clemencia de nuestro Salvador! En esta misma hora de ultrage y de ignominia manifestó el ardiente deseo que tenia de padecer por el hombre; prometió al Buen Ladron el paraíso; y mirando á su afligidísima Madre, la dixo: *Muger, he ahí á tu hijo*, señalando á Juan, y en él á todos nosotros: despues dixo al amado discípulo: *He ahí á tu Madre*; la cual nos adoptó desde entonces por hijos de sus dolores, conforme á la prediccion de un Profeta; y acercándose ya la hora de su muerte, clamó en altas voces diciendole á su Padre Celestial: ¡Padre mio! ¡Padre mio! ¿por qué me has desamparado? en tus manos encomiendo mi espíritu. *Todo se ha consumado*, añade. ¡Qué oráculo tan profundo!

Yo no dudo exponerlo á vuestra meditacion con las palabras enérgicas y vivos colores de un sabio. Todo se



ha consumado, dice, "el cielo ha cumplido sus promesas, el tiempo de las figuras ha pasado; las sombras han desaparecido; todas las profecías se han verificado; todo lo que está escrito del Mesías á la frente del gran libro de los decretos de Dios, se ha executado fielmente; los votos de los Patriarcas y de los Profetas han sido satisfechos; ha llegado la plenitud del tiempo."

*Todo está consumado.* La Ley antigua es derogada, sus sacrificios abolidos, sus ceremonias reprobadas, impuros ya sus misterios, sus sacramentos y sus festividades profanas; el templo es ya abandonado; el sacerdocio suprimido; deshecha la synagoga.

*Todo está consumado.* La Ley de gracia sólidamente establecida; el nuevo Testamento está sellado; el Evangelio ha sucedido á la Ley de Moyses; el velo de las escrituras se ha quitado; un nuevo orden de co-

sas; un orden mas sublime ha ocupado el lugar del antiguo: habrá en lo sucesivo una oblacion mas pura, una víctima mucho mas preciosa, un sacerdocio mas santo, un pueblo mas fiel; serán las ceremonias mas nobles, los sacramentos mas eficaces, mas augustos los templos, las leyes mas perfectas, las gracias mas abundantes, y una mejor alianza.

*Todo está consumado.* Jesu Christo ha postrado por tierra á todos sus enemigos; ha conquistado enteramente su reyno; ha recibido golpe mortal la idolatría; ha sido confundida la sabiduría de los filósofos; van á enmudecer los oráculos, los demonios son vencidos, se han cerrado los infiernos, y la muerte es destruida.

*Todo está consumado.* La sentencia de nuestra condenacion no subsiste, la sangre de Jesu Christo la ha borrado; nuestra Redencion es copiosa; nuestras deudas son pagadas; el mundo está redimido; el cielo está re-

## 74 SERMONES

conciliado con la tierra; la justicia del Padre satisfecha; su gloria es vengada; la medida de los sufrimientos de su Hijo se ha colmado; su mision es concluida, y el curso de su ministerio se ha acabado. *Consummatum est.*

Inclinando luego al punto la cabeza, murió Jesus por nuestro amor en el árbol sacrosanto de la cruz. *Et inclinato capite emisit spiritum.* Y como si con esta inclinacion hubiera infundido síntomas de convulsion al universo, todo es terror y desmayo en el cielo y en la tierra. Tiembla ésta, y se estremece en temerosos vayvenes, abre inmensas cavidades, que parecen querer sepultar vivos á los hombres. Los sepulcros se abren y arrojan de sus entrañas los cuerpos de muchos muertos que encerraban. Las piedras se chocan fuertemente y se quebrantan. El velo del templo se rompe con ímpetu violento, dexando patente á los ojos profanos el propiciatorio del Señor. El sol oculta sus

## VARIOS. 75

luces y encubre su resplandor. Se viste el cielo de una pompa funesta, y esparciendo nubes negras y densas, dexa rodeada á la tierra de espesas tinieblas, y á el dia convertido en una obscura noche con asombro del corazon humano.

¿Qué es esto, criaturas insensibles del universo? ¿Qué es de vuestra luz? ¿qué de vuestra armonía y orden? ¿qué de vuestra solidez y resistencia? ¿Mas qué orden ha de haber en una hora en que domina el poder de las tinieblas? ó ¿cómo no han de darse por sentidas todas las criaturas en la muerte de su Hacedor? Si ellas fueran tan ingratas como nosotros, no hay duda que ninguna muestra hubieran dado de dolor, ninguna señal de sentimiento.

Hé aqui, señores, un breve rasgo de las injurias, Pasion y Muerte del Unigénito de Dios, humanado y sacrificado por nuestras culpas á la justicia de su Eterno Padre. Si esto su-

cede al leño verde, ¿qué sucederá en los áridos? es decir: si la justicia divina trata con tanto rigor al inocente, ¿qué hará con el criminal? Si no perdonó á su propio Hijo porque tomó el hábito de pecador, ¿qué hará con los esclavos de las pasiones y los crímenes, que fueron los verdaderos artífices de esta trágica escena?

¡Temblad, pecadores obstinados! ¿No os parece bastante haber sido autores de un tan horrible deicidio, sino que diariamente quereis renovar la crucifixión del Salvador con vuestras culpas actuales? No despreciéis, os ruego, la voz interior de la gracia mas eloqüente aún que la de la naturaleza misma. Ella toma la voz de la Sangre del Salvador, que como dice el Apóstol, clama mejor que la de Abel. Esta pide venganza, y la de Jesu Christo misericordia. La de Abel se eleva al cielo, la de Jesu Christo al cielo y á la tierra, al cielo para pedir perdon de nuestros pecados, á

la tierra para exhortarnos á expiarlos por una verdadera penitencia. Yo deseo que os aprovecheis de esta su inefable caridad. Tiempo es ya que despertéis del profundo sueño de la culpa, tiempo es de salir ya del abismo del pecado. Llegad pues con confianza ante el trono de la misericordia, y con lágrimas de compuncion decid: Señor mio Jesu Christo &c.